

Por la Humanidad Futura

ANTOLOGÍA POLÍTICA DE GABRIELA MISTRAL



La Pollera Ediciones

POR LA HUMANIDAD FUTURA
ANTOLOGÍA POLÍTICA DE GABRIELA MISTRAL

© 2015 de la obra por GABRIELA MISTRAL

© 2015 de la antología por DIEGO DEL POZO

© 2015 de la primera edición por LA POLLERA EDICIONES

Primera edición, La Pollera Ediciones (2015)

ISBN 978-956-9203-27-5

RPI: 257.371

Investigación, transcripción y edición: Diego del Pozo

Edición: Ergas / Leyton

Diseño: Pablo Martínez

LA POLLERA EDICIONES

www.lapolleraediciones.cl / ediciones@lapollera.cl

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral.

Lo equivalente a los derechos de autoría es entregado a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad testamentaria de Gabriela Mistral.



Í N D I C E

Por la Humanidad Presente	7
CÓMO SE HA HECHO UNA ESCUELA-GRANJA EN MÉXICO	25
ORGANIZACIÓN DE LAS MUJERES	39
MENOS CÓNDOR Y MÁS HUEMUL	51
CUATRO HOMBRES AMERICANOS	55
ESTADOS UNIDOS Y NOSOTROS	66
HISPANO-AMERICANOS EN PARÍS, JOSÉ VASCONCELOS: <i>INDOLOGÍA</i>	69
FEMINISMO: UNA NUEVA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO	78
BALANCE DE LA HAZAÑA AMERICANA: UNA REIVINDICACIÓN YANQUI	88
SI NAPOLEÓN NO HUBIESE EXISTIDO	94
AGRARISMO EN CHILE	107
DON JOSÉ MANUEL BALMACEDA	116
LA CACERÍA DE SANDINO	125
MÚSICA ARAUCANA	129
CONFERENCIA DE LA PRENSA DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES	143
SOBRE SITUACIÓN DE CLASES SOCIALES Y NATALIDAD	153
POR LA HUMANIDAD FUTURA	157
EL SIGNO DE LA ACCIÓN	161

INTERCAMBIO CULTURAL ÍBERO-AMERICANO	166
INFANTILIDAD DEL AMERICANO	176
DIFERENCIAS Y CONCORDANCIAS ENTRE ESTADOS UNIDOS Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA	189
PALABRAS DEL 14 DE ABRIL	207
CHARLA CON GABRIELA MISTRAL SOBRE LA RUPTURA DE CHILE CON EL EJE	211
LA BUENA FE	218
GENERALIDADES DEL DECENIO	223
ENTREVISTA PARA REVISTA NOVEDADES	252
SOBRE LA PAZ Y LA AMÉRICA LATINA	260
MENSAJE PARA EL CONGRESO POR LA DEMOCRACIA	267
LA PALABRA MALDITA	277
CONFERENCIA EN VERACRUZ	281
DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE	289
DISCURSO PARA LA CELEBRACIÓN DEL BICENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA	293
ESCUELAS AMBULANTES	313
ACCIÓN DE LA UNESCO	315
EN DEFENSA DE HUNGRÍA	318

POR LA HUMANIDAD PRESENTE

Realizar un rescate editorial como el que aquí se presenta, es hurgar en la memoria e intentar hacer una relectura que nos traiga hasta hoy a través de un camino nuevo. Cualquier mirada al pasado con el fin de apropiarse de él, si se tiene un poco de suerte, nos devolverá a nuestro presente con algo que no se conocía, se había olvidado o se encontraba intencionalmente oculto, y que puede sernos enormemente útil. Esto funciona con las identidades personales, basta sólo pensar en nosotros mismos para darnos cuenta de que son nuestros recuerdos los que nos identifican íntimamente. Pero así sucede también con las identidades culturales, con esas a veces intangibles e incomprensibles características que nos convocan a todos. Mientras mayores sean nuestros capitales culturales comunes y más sepamos de nuestro pasado como sociedad, más firme y de todos, será nuestra identidad hoy.

Por la Humanidad Futura, antología política de Gabriela Mistral, además de representar una intención por recuperar parte de nuestra memoria cultural, tiene también

una intención política. Y con esto no me refiero a la política fruto de los partidos políticos, ya que esto sería injusto con Gabriela Mistral que nunca militó en ninguno. Sino que a la política en su sentido clásico, el de la *polis*, la manera en cómo nos configuramos como sociedad, es decir, la política que incluye todas las áreas que conforman la responsabilidad de cada uno de los individuos que conviven en una entidad, ya sea nacional o comunitaria.

Por eso en este caso la mirada al pasado apunta al intento por conocer la visión política de Gabriela Mistral pensando en ella como una intelectual que abarcó los temas fundamentales de nuestra identidad más crítica, generando una voz de permanencia atemporal. De soberbia inteligencia y nivel de comprensión, su relato trasciende sin problemas hasta hoy. Así también nos pertenece a todos: su obra es para la humanidad completa sin excepción de raza, género, nacionalidad o tiempo. Gabriela Mistral es tan chilena, latinoamericana o europea, como lo fue y es su humanismo sin fronteras, así como en vida lo fueron sus pies y maletas.

Lucila Godoy Alcayaga, su nombre antes de que ella se diera el de Gabriela Mistral, nació el 7 de Abril de 1889 en Vicuña, un pequeño poblado en el valle del río Elqui, dentro del cordón montañoso de Los Andes, y que a fines del siglo XIX era una de las comunidades más golpeadas por la pobreza y el aislamiento geográfico de Chile. Mientras el país estaba

enfrentado en una Guerra Civil brutal, que concluyó con el trágico suicidio del Presidente José Manuel Balmaceda, en la cordillera comenzaba a dar sus nacientes respiros la que se convertiría en el primer Premio Nobel de Latinoamérica 56 años después. Algunas décadas más tarde, los eventos que sucedieron simultáneamente a su primer año de vida, le servirían de gran inspiración para muchos de sus textos políticos, especialmente la figura del fallecido Jefe de Estado.

Siendo una adolescente asistió a la escuela en la ciudad de Vicuña donde fue acusada injustamente de un robo y posteriormente humillada ante el resto de sus compañeros. Esto la impulsó a dejar los estudios y dedicarse autónomamente a su formación. Ya en el año 1902, Lucila no volvió a ser matriculada en la escuela y simultáneamente comenzó a escribir sus primeros versos. En este proceso iniciador, el educador y periodista Bernardo Ossandón cumplió un rol fundamental. Como director del diario El Coquimbo le publicó sus primeros poemas y artículos, además de ofrecerle libre acceso a su biblioteca privada. Quizás de ese periodo Gabriela Mistral asumiría su vocación como emisaria de prensa, la que tempranamente la llevó a mostrar su locuacidad más feroz en otros diarios locales. En 1906, con 17 años, publicó en La Voz del Elqui “La instrucción de la mujer”, texto en el que cargada de lucidez denunció la opresión hacia la mujer y la desigualdad desde el inicio de los tiempos, apelando

a la sociedad completa a realizar un cambio. Fue un llamado de atención para toda una humanidad que a medida que entraba en el siglo XX se precipitaba hacia las guerras mundiales, quiebres institucionales y todos los horrores conocidos.

Aún muy joven, comenzó a trabajar como maestra. Carente de un título oficial, sólo varios años más tarde terminó validándose autorizadamente de formadora. En 1910, mientras la nación celebraba el centenario de su primera Junta Nacional de Gobierno, Gabriela Mistral consiguió en la Escuela Normal N° 1 de Niñas de Santiago su reconocimiento como educadora, y desde ese momento empezó una ascendente carrera que la llevaría por las latitudes más remotas de Chile. Se desempeñó educando en la austral ciudad de Punta Arenas, en la localidad de Los Andes en el centro del país, también en el norte en Antofagasta, y de igual modo estuvo en el corazón de la tierra Mapuche en Temuco—donde recomendó leer a los clásicos rusos a un joven poeta que luego sería conocido como Pablo Neruda—, todo en el transcurso de una década.

La itinerancia de su vocación pedagógica no frustró para nada su creación literaria, y menos su flujo epistolar. Siendo muy joven logró contactarse y enviarse cartas con poetas, políticos e intelectuales de renombre en Chile y Latinoamérica, como por ejemplo el futuro presidente Pedro Aguirre Cerda, el poeta nicara-güense Rubén Darío, y los mexicanos Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Gracias a estos últimos logró seguir

de cerca los avances de la Revolución mexicana. Así mientras sucedía en Europa la Primera Guerra Mundial, en Rusia la Revolución bolchevique dejaba sus primeras consecuencias, en el norte de Latinoamérica, México ponía su cuota de violencia en defensa de los procesos sociales y libertarios.

A principios de la década del 20, durante los primeros años del gobierno revolucionario mexicano Gabriela Mistral recibió de parte del Primer Secretario de Educación Pública de México, su amigo José Vasconcelos, la invitación para participar del proceso educacional que comenzaba en el país del norte. El Cuerno Mágico, como lo llamó Gabriela Mistral, fue la primera nación que ella adoptó como propia, además de su natal Chile, y fue también el comienzo de su humanidad expansiva, que poco a poco comenzó a poner a prueba.

Su paso por México fue además el inicio de un periplo por diferentes naciones, que hasta su muerte la hizo regresar a Chile en tres ocasiones, siempre por cortos periodos de tiempo. Sin embargo, su preocupación y compromiso con el país nunca decayeron: una infinidad de artículos sobre la historia y la contingencia lo comprueban, así como su amplio epistolario con presidentes, ministros y figuras renombradas demuestran su inquietud íntima por la identidad y el porvenir de Chile.

En México entró en contacto con los procesos de desarrollo de las escuelas rurales, y empezó parale-

lamente a ver la posibilidad de llevar a cabo muchas de las ideas que en Chile se habían visto como subversivas, pero que ella consideraba propias de un país en proceso de modernización. La labor de los niños y de la comunidad en relación al funcionamiento de la escuela pasó a ser fundamental. Todo bajo una acción tutelada por los maestros, los resultados fueron enormemente exitosos. Para Gabriela Mistral la educación era el alma del pueblo, y lo que vio en México, dio frutos prósperos. Según sus propias palabras: la educación comenzó a tomar un nuevo sentido.

Esos años vividos en México la conectaron no sólo con una faena educacional pantagruélica sino también con un espíritu latinoamericano mestizo e indígena, hermanable y reconocible. La defensa de la raza indígena prístina pasaría a ser una causa total en su obra. Muchos artículos dedicados a esta deuda histórica, hacen pensar en su sensibilidad y su empatía hacia estos pueblos desplazados, pero también en cuánto se ha hecho al respecto luego de cinco siglos, para tratar de reencausar la ruta. Su texto “Música Araucana” es un análisis profundo, no sólo de lo sucedido con el pueblo Mapuche, sino con la realidad de todos los pueblos indígenas del continente. Es la exposición de un conflicto histórico que en el caso de Chile al menos, es sólo cosa de poner la mirada en la frontera natural que es el río Biobío para darnos cuenta de que el tema está aun totalmente abierto, como una herida que no deja de sangrar.

Para Gabriela Mistral su trabajo en las escuelas rurales –chilenas primero, mexicanas después–, además del tema indígena, funcionó como un precedente de su conciencia puesta en los más necesitados del continente, así como lo imperante de la búsqueda del sueño de dos de sus grandes maestros literarios y políticos: Simón Bolívar y José Martí. Ese sentimiento de continente unido latinoamericano la llevó a representar los intereses de los más desvalidos de su tierra ante La Sociedad de las Naciones, específicamente en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Su trabajo de periodista primero, y su rol consular más tarde, la llevaron a Europa, donde vivió en Suiza, Francia, Italia, España y Portugal entre otros países. Ahí fue también pionera del arquetipo de la mujer intelectual, viajera, intrusa en la masculina política de la época, pero con una voz fuerte que comenzaba cada vez a ser más reconocida internacionalmente. En cada lugar era recibida con una calurosa bienvenida, a veces enormemente homenajeadas. Notables son las recepciones que tuvo en La Habana, Montevideo y Buenos Aires, entre otras. Gabriela Mistral, firme ante su compromiso en la sociedad, se preocupó de dar charlas en cada puerto que tocó, con una visión crítica ante la realidad de cada país que pisó, sintiéndolo como propio.

Fiel a su causa de defensa de la igualdad entre hombres y mujeres, donde podía escribir y hablaba sobre la necesidad del voto femenino, el rol de la mujer en la política, y el riesgo de mal entender la

lucha feminista, es decir, las consecuencias de que pelear por ser iguales quite la riqueza de la diferencia, donde tener los mismos derechos no es sinónimo de homogeneidad, así también como cerrar la discusión en la clase intelectual o educada puede ser una segregación contraproducente para la gran causa de una sociedad total. Todo esto lo planteaba un cuarto de siglo antes de que las mujeres tuvieran derecho a voto en Chile.

Simultáneamente fue sensible a las grandes luchas que se llevaban en occidente, temas que comenzaron a fundir cada vez más sus textos con las problemáticas fundamentales. En 1933, mientras se encontraba en la convulsionada España previa a la Guerra Civil, teorizó sobre la libertad de prensa, el estigma libertario planteado por las naciones occidentales, donde la ilusión de libertad al final recae en los valientes emisarios o periodistas independientes, ya que los grandes conglomerados dueños de la noticia sólo estaban ahí para controlar al pueblo con el miedo de un titular escandaloso. Esta mirada sobre lo que significa la libertad de prensa, podría ser cotejada en la ilusión de libertad hoy en Chile y el mundo, la que pareciera haberse afirmado conceptualmente luego del fin de la Guerra Fría, con un tono de libertad a medias, de dudosa reputación. La libertad de prensa puede ser perfectamente controlada por el mercado, coartando su base principal de ser libre, y ya en los años 50 Mistral lo advertía, y así como con el tema indígena, educacional, o de

igualdad de género, una vez más es una lección que ha quedado olvidada y puede servir para enmendar el camino. Sobre la libertad no sólo reflexionó en relación a la de prensa, sino que aun más importante en su obra fue la libertad de las jóvenes naciones latinoamericanas independientes, las cuales, inocentemente, lograron su independencia a medias, y se sintieron viejas naciones, sin ser siquiera pueriles comunidades. Así al pensar que se habían librado del colonialismo, no se convirtieron en naciones independientes y libres, ya que la liberación si bien es una condición para ser libre, no es su contenido.

También en 1933 mientras fue cónsul en Barcelona, escribió sobre la crítica situación de las clases sociales y su relación con el control de natalidad; tema totalmente actual, y que a pesar de haber sido planteado por Mistral hace cerca de 80 años, lamentablemente no hemos sido capaces de hacernos cargo como sociedad, a pesar de los cientos de pistas que nos han dejado insignes intelectuales al respecto.

Luego de que estalló la Segunda Guerra Mundial, la ya reconocida Gabriela Mistral, dejó su labor consular en Europa para trasladarse a Brasil. Allí entabló una entrañable amistad con el escritor austriaco Stefan Zweig, quien junto con su mujer habían escapado del nazismo. El posterior suicidio de la pareja, así como el de su sobrino Juan Miguel, a quien había adoptado algunos años antes, la sumergieron en una terrible tristeza, que sumada a los horrores de la Guerra,

invadieron su sensibilidad para dejarla en un estado constante de dolor y luto.

Su frágil situación íntima, no mermó sin embargo su visión crítica, y continuó publicando en diversos diarios y revistas del mundo, oponiéndose y denunciando al nazismo, al fascismo, y a todas las versiones opresoras de las terribles dictaduras de esa época.

Luego del fin de la Guerra y la restitución de las naciones europeas, tras varios años de campañas apoyadas por múltiples países, en 1945 Gabriela Mistral se convirtió en el primer Latinoamericano, y la primera y única mujer del continente hasta hoy, en ganar el Premio Nobel de Literatura. El más alto galardón de las letras mundiales, no logró ni por un momento acallar su inspiración y se mantuvo firme en la defensa de la lucha de los pueblos oprimidos. Muy consciente y siguiendo los pasos de Domingo Faustino Sarmiento, planteó la tirana división ya casi interiorizada sin quejas sobre civilización y barbarie, como puntos de comparación y distancia entre el primer mundo occidental y el de los conquistados postcoloniales. De ahí también recogió la amenaza que significaba E.E.U.U. durante la primera mitad del siglo XX para las pequeñas naciones latinoamericanas, y digo durante esa mitad, porque luego de la Segunda Guerra Mundial, la amenaza pasó a ser una intervención cierta. Nuestra débil democracia fue incapaz de sostener la presión ejercida por el gigante del norte. A pesar de ejemplos como los de la Revolución nicaragüense encabezada

por Augusto César Sandino, la opresión yanqui se mantuvo, se sostuvo y finalmente se impuso. No me da la impresión de que haya sido solamente por un contexto económico y bélico mundial, como la Guerra Fría, sino también porque las armas de defensa que teníamos eran muy frágiles, quizás la más de ellas nuestra joven, inexperta, oligarca y tutelada democracia latinoamericana.

Ya a comienzos de la década del 50, con el olor fresco de la bomba atómica, Gabriela Mistral reflexionó sobre qué se ha hecho por establecer una democracia acorde a la realidad del continente americano, de si hemos dado por terminada la construcción de Nación, o si somos conscientes de que la democracia que se ha implantado en el continente como “el modelo correcto”, es posible que necesite cambios, actualizaciones constantes y, en muchas ocasiones, que la democracia puede precisar aun de más democracia.

¿Hubiera sido diferente la historia chilena que nos tiene inmersos en un quiebre social hasta el día de hoy? ¿Cuántos ríos de sangre se podrían haber evitado si hubiéramos tomado más en cuenta a Gabriela Mistral? Quizás aún no es tarde para aprender el cómo y el cuándo hacer una nación sana y sólida en su forma democrática; de hecho, quizás es ahora el mejor momento para hacerlo.

Gabriela Mistral fue protagonista intelectual de todos los grandes hitos de la primera mitad del Siglo XX, pudo leer con soltura los desvaríos que tenían

los caminos que optaban los Gobiernos, reclamó y escribió un sin fin de artículos, cartas y recados para lograr el voto de la mujer, como el derecho a la educación infantil, el respeto a nuestras culturas indígenas o sobre la labor de los maestros, y es hora de que ese mensaje comience a ser parte de nuestra historia. El nombre de esta antología, *Por la Humanidad Futura*, proviene de un artículo escrito por Gabriela Mistral, que se encuentra en un libro escolar mexicano de la década del 30. El texto aquí integrado, así como su título representativo, fueron escogidos por dos razones: la primera porque es un llamado a identificarnos hoy con el mensaje de Gabriela Mistral, somos nosotros esa Humanidad Futura, la que probablemente no ha sido prudente en escuchar lo que se nos ha dicho en el transcurso de la historia, siendo este un intento por desplazar el horizonte de lo posible; y la segunda razón es porque el texto está dirigido a las piedras angulares del progreso de una nación, me refiero a los maestros, a los profesores. Si queremos fundar bases sólidas para que la Humanidad Futura no cometa los mismos errores que hemos ido sistemáticamente perpetrando, muchas veces por nuestra falta de conocimiento sobre nuestra historia. Debemos reconocer la labor fundamental de nuestros maestros, los que no sólo se encargan de enseñarnos dónde y por qué estamos sobre este planeta, sino que además, está en ellos la labor de convertir a esa Humanidad Futura en una turba de

esclavos ciegos de su realidad, o en una asociación de hombres y mujeres libres.

Tenemos todos entonces la obligación de leer y releer las voces que han quedado muchas veces en páginas perdidas. En este caso Gabriela Mistral.

Es tiempo de que digamos con respeto, adiós al crepúsculo del pasado, y nos pongamos en alerta, para preparar de mejor forma la aurora.

Diego del Pozo

NOTA EDITORIAL

Este libro fue dividido en cuatro capítulos, los cuales contienen escritos ordenados cronológicamente comenzando por la década de 1920, luego la del 30 y 40, y un último capítulo que llega hasta la muerte de Gabriela Mistral en 1957.

Bajo cada título está señalada la fuente de referencia desde donde se ha realizado la transcripción íntegra de los textos. Adicionalmente, los escritos incluidos en este libro que pertenecen al Legado inédito de Gabriela Mistral aparecido en 2007, están señalados con una numeración y, al final del libro se detalla su código indentificador para llegar a su ubicación en la página web proporcionada por Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile, y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM): salamistral.salasvirtuales.cl.

Los textos que no tenían una data explícita, fueron fechados por el editor basándose en las referencias contextuales del contenido.

La mayoría de los textos antologados son políticos y de opinión, algunos de ellos fueron publicados en su momento en medios de comunicación; así, cada uno posee incontables nombres de personajes de cada época y protagonistas de los conflictos y movimientos contemporáneos a la escritura. Por esa razón, la inclusión de excesivas notas al pie fue considerada como una obstrucción para la lectura fluida de la pluma mistraliana. Además, el hecho de que en estos tiempos

nadie está a más de unos centímetros de distancia de un acceso a Internet, hemos tomado la decisión de omitir las notas tanto sobre personajes o hechos históricos, ya que la información es fácilmente hallada a través de cualquier buscador digital.

Se advierte al lector primerizo en la obra de Gabriela Mistral, que la autora, fiel a su constante estilo creativo, inventa palabras que se adaptan a la lógica interna del texto, como por ejemplo alácrito, adjetivo sinónimo de alegre, gozoso, vívido o ágil, o el caso de ayancado que, proveniente de la palabra yanqui, hace referencia a algo relativo a Estados Unidos. Sin embargo, así como con los personajes, se ha decidido que la relación entre Gabriela Mistral y el lector sea sin intermediarios, por lo que de las notas posibles en este sentido también se ha prescindido.

1920 - 1929

CÓMO SE HA HECHO UNA ESCUELA-GRANJA EN MÉXICO

REVISTA DE EDUCACIÓN PRIMARIA. MÉXICO, 1923.

I

Empiezo a dar mis impresiones de la enseñanza en México con la más pobre de todas las escuelas, con la que encontré más desnuda en mi primera visita, y a la que he visto crecer bajo mis ojos, en dos meses, por una de esas maravillas que sólo hace el espíritu, que no podrá hacer nunca sino el espíritu.

Para llegar hasta ella el automóvil me hizo atravesar el barrio (o rumbo, como aquí se dice) más abandonado y feo de la gran ciudad; puro arrabal, casas de obreros y de trabajadores, semejantes a aquellas otras en que nosotros arrojamos a morir a nuestro pueblo obrero.

Al entrar en la escuela mi primer pensamiento fue mezquino: “¿Para qué traerán a ver un colegio tan pobre a una extranjera?”. Porque es de estilo en estos casos en muchas partes, mostrar a los visitantes los grandes colegios de parques brillantes y de aulas decoradas.

Pero el pensamiento maligno desapareció en cuanto yo llegué al primer patio. Una multitud de niños, de pobrecitos, desarraigados, hacía labores de huerto:

regaban, removían la tierra, desmalezaban, entre un rumor jubiloso de colmena de octubre.

Fui acercándome desorientada primero. Una hora después mi estado de alma era un respeto y un fervor religioso por lo que estaba viendo.

Tenía delante de mí realizada en tierra mexicana la escuela que soñó León Tolstoi y que ha hecho Tagore en la India: la racional escuela primaria agrícola, que debiera formar el ochenta por ciento de los colegios en nuestros países, sueño mío ella desde hace quince años.

El maestro que me guiaba iba apoyándose en su azadón.

Le pregunté de qué Escuela Normal tenía título, para rastrear la fuente de un espíritu extraordinario en el gremio pedagógico, por su sentido práctico. Supe que salió de una Normal, a poco de haber entrado, lleno de desencanto. Ha sido un bien. Las Normales suelen entregar excelentes educadores. Yo encuentro entre mis amigos de Chile y México algunos de ellos; pero son excepciones, tardías, distanciadísimas excepciones; la regla es que caracteriza a estos colegios una congestión libresca, que dan a sus alumnos una vanidad intelectual enorme que puede verse en el hecho de que el normalista chileno considera una injuria que se le dé un nombramiento de escuela rural y, si llega a ésta, vive al margen de la población campesina, desdeñando a ese pueblo del cual viene siempre, y al cual está destinado. Caracteriza a los estudiantes de pedagogía el

concepto un poco infantil de que el aprendizaje de las biografías de todos los maestros de verdad, los Pestalozzi, los Froebel, significan alguna adquisición efectiva, siendo que lo único necesario es que la lectura de estas biografías los encienda de apostolado y les dé el espíritu heroico que ha sido el de esos hombres, y sin el cual una cultura —pedagógica, filosófica, científica en general— no les servirá sino para ser lucida en un discurso de aniversario...

—¿Cómo hizo usted esta escuela, compañero? —fui preguntándole.

Estábamos sentados delante de una mesa rústica y yo compartía la comida frugal del hombre tolstoiano.

Y fue contándome la formación de su Escuela-Granja, con la sencillez con que nuestros campesinos cuentan la poda de sus árboles.

—Este terreno —empezó diciéndome—, formaba el parque Francisco Madero, enteramente abandonado y que si de algo servía, era de sitio de bacanales populares en los días festivos, de borracheras y riñas de la infeliz población aglomerada en torno.

»La Sección de Desayunos Escolares que sostiene el Gobierno, enviaba aquí diariamente a su jefe, señorita Elena Torres, para hacer el reparto en la Escuela Primaria que daba al parque. Fue suya la idea de solicitar el gran terreno baldío a la autoridad y destinar las dos hectáreas a una Escuela-Granja, que sería el primer ensayo de esta índole hecho en la enseñanza primaria de México.

»Se obtuvo la concesión. Afortunadamente, mis jefes me dejaron en entera libertad de acción; no se me fijaron programas; no se me ataron las manos con reglamentos.

»Un día empecé a cultivar una parcela en el centro del terreno, y dije a los niños solamente que hicieran lo que yo fuera haciendo.

»Ellos verificaron el reparto del suelo en pequeñas secciones y se las distribuyeron. No les di lecciones previas de agricultura, porque no creo en la enseñanza teórica, sino como cosa paralela con la práctica y a veces como posterior a ella.

»Se fue poblando la tierra eriaza y fea de las pequeñas manchas verdes de hortaliza. Había que ver con qué ardor trabajaban mis pequeñitos agricultores, siempre con mi vigilancia, pero sin mi ayuda, para enardecerlos de esfuerzos. No he querido matarles la alegría ingenua de que descubran ellos, de que se sientan menudos creadores...

»Vino la cosecha. La hizo cada uno por separado en su parcela.

»Yo envié algunos niños a invitar al Ministro de Educación para que la viera. Y aquí comienzan las numerosas incidencias gratas que han ido levantando la escuelita pobre, creándole el prestigio y la simpatía.

»Los niños pedían inútilmente una entrevista con el atareado funcionario. Cuando el señor Vasconcelos supo de qué se trataba los hizo pasar, entre el asombro consiguiente de los empleados betabeles (remolachas).

Y este hombre, que tiene un ojo tan agudo para mirar lo que en la enseñanza es corteza pintada y muerta y lo que es verdad viva, tuvo una mañana de alegría y comprendió lo que de allí iba a nacer.

»Yo dejé que cada uno de los niños se fuera al mercado con su liviana cosecha. Volvieron descontentos a contarme que los revendedores les habían pagado muy mal las legumbres, les habían dicho que no les convenía perder tiempo en adquirir lotes tan insignificantes.

»Dedujeron ellos mismos que necesitaban asociarse y encomendar a uno solo la venta total. Dedujeron, además, que no toda la semilla empleada había sido de buena calidad y que deberían comprarla selecta. El mismo día se fundó la cooperativa para adquirir semilla y se nombró el encargado de la venta. Se crearon también un Banco minúsculo y una Caja de Ahorros. Las utilidades se distribuirían de este modo: un tercio para el agricultor; un tercio para la adquisición de útiles y otro para la Caja de Ahorros, hasta capitalizar cinco pesos (veinte pesos chilenos), con lo cual adquiriría un traje cada uno de los pobrecitos campesinos.

»Cuando después de tres cosechas varios niños pudieron comprar calzado y ropa, y los efectos de la organización, fueron apreciados por ellos mismos sin necesidad de que se les hiciese una lección sobre el asunto, el entusiasmo fue tal que tuve a mi alrededor un clamoreo de peticiones de tierra y la escuela aumentó su matrícula espléndidamente.

»Les dije que había que conseguir esa tierra dando a conocer la escuela: irían ellos a cada uno de los periódicos y traerían a los reporteros a ver lo conseguido y no a oír disertaciones interesadas... Se buscaría la ayuda de los Jefes del Ministerio, en ausencia del licenciado Vasconcelos. Se traería aquí a los miembros de las sociedades agronómicas. Les aseguré que todo vendría, desde las herramientas hasta los terrenos. Y es que conozco a mi raza. Sé que todo está en convencerla como la visión directa del bien que se hace y que hay un descontento muy grande hacia la vieja escuela primaria, que se nos hizo retórica y perdió el sentido de la realidad, descontento que sólo espera ver surgir una cosa diferente y verdadera para reemplazar lo que ha fracasado.

Hasta aquí llegó mi primera conversación con el maestro Arturo Oropeza. Ya empezaba la campaña de la prensa. Cada día yo iba leyendo uno y otro artículo y sentía un placer grande por la comprensión de este pueblo hacia el oscuro maestro del arrabal.

II

La dotación de la Escuela-Granja ha sido cosa de dos meses, como lo he dicho.

El coronel Rojas llegó un día en busca de los niños a ofrecerles el terreno colindante: cinco hectáreas casi baldías, donde pastaban unos cuantos caballos. Fue enorme el asombro de los campesinitos.

Ya no tendrían la parcela de diez metros, que recorrerían varias veces en la mañana con su azadón y sus manos...

Pero ahora se necesitan tantos útiles de labranza y tanta semilla, que el Banco Cooperativo iría a la quiebra.

El ministro de Agricultura, señor don Ramón de Negri, vino a sacarlos de la confusión: fue el segundo Rey Mago. Su Ministerio ha entregado a la Escuela Francisco Madero una donación completa de maquinaria agrícola, vacas para un establo que ya se construye, gusanos de seda, colmenas y algunos técnicos que guíen a los niños.

Una visita de los profesores norteamericanos que hacían en este tiempo curso de español en la Universidad de México, significó a la Escuela el pequeño capital para la adquisición de una imprenta. Como todo organismo espiritual, necesitaba éste la palabra múltiple para la propaganda. Empezó a publicarse El niño agricultor. Quincenalmente aparece la publicación de la cual tengo mucha honra de ser colaboradora, y que los chicos vocean en las calles. Toda la vida de la escuela se cuenta allí; las experiencias de los campesinos –como siembran y se cultivan las parcelas, breves y graciosas monografías de plantas, el movimiento de fondos, las visitas que se reciben, hasta los fracasos de los agricultores que riegan mal–. Está desde el editorial minúsculo hasta la diminuta crónica, escrita por los muchachos.

Quise darles un día algunas indicaciones sobre periodismo infantil; pero vi que poco las necesitaban. Fuera de sus errores de ortografía, ellos saben muy bien lo que deben publicar para que los lectores sigan la vida de la colonia y el tesoro de la simpatía aumente y aumente.

Oí una vez a un orador de doce años explicar a sus compañeros algunas reformas que le parecían necesarias. Visitábamos la escuela los Maestros Misioneros (profesores de indígenas repartidos por todo el país) y yo, que les había invitado en una sesión de su Congreso, que presidí, a conocer la maravilla que el entusiasmo y la fe de un hombre estaban haciendo en el jirón más desgraciado de su metrópoli. Nos detuvimos a escuchar, y es la verdad que se sacaba más provecho de aquel discurso que de muchos discursos pedagógicos. Trataba el orador de la Biblioteca en formación.

Me asombra la facilidad extraordinaria de expresión que tiene este pueblo mexicano, desde la niñez. La dicción aventajada a la de cualquier profesor chileno.

Confieso que cuando les hablo me esfuerzo un poco en pronunciar mejor mi español tan chileno... Ha sido mi mayor alegría oír conversar a los pescadores en el lago de Chapala, a los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla, y por todas partes, a los campesinos. Y este encanto de su lenguaje tal vez sea una de las cosas que les ha ganado mi corazón tan profundamente. Porque para mí lo mejor que tiene México en su haber para el futuro, es su masa indígena, esta pasta racial

sencillamente maravillosa que son el indio azteca, maya o tolteca.

Vuelvo a la escuela y a mi orador infantil. Hablaba aquel niño sin el énfasis tan común a los escolares que hacen discursos –con la claridad del que conoce muy bien su asunto, y con un acento cordial en el que yo una vez más reconocía la dulzura del pueblo mexicano, la dulzura india que yo he visto en todas las expresiones genuinas de su alma: en las canciones, en el trato de la mujer y del amigo–.

La escuela Francisco I. Madero ha triunfado en meses y se ha impuesto enteramente. Pero lo más importante no es su éxito individual: es el haber dado el tipo de la escuela que el país necesita derramar de Estado en Estado. “Yo quiero, me dice la habilísima colaboradora del maestro Oropeza, señorita Elena Torres, que se haga en torno de la ciudad una especie de cerco de bien, de redención, que vaya del arrabal hacia el centro, limpiando el ambiente moral de la ciudad. Vea usted: en dos meses se ha cerrado cinco pulquerías (lugares de expendio de licores), que infestaban este desgraciado rumbo. Ya tenemos en la escuela un cinematógrafo que atrae a los obreros. Así, lo que estamos haciendo no es sólo enseñar a leer y a escribir, cosa que constituye la labor única a que se creía llamada la escuela primaria, tan mezquina de horizontes generalmente”.

“Como todos los niños del barrio no querrán ser agricultores, me sigue informando, ya hemos for-

mado cursos de pequeños sastres, de tipógrafos y mecanógrafos”.

La labor del hombre humilde que me parece salido del Evangelio, ha sido el grano de mostaza de la parábola. Sigámosla. Interesado vivamente en que las cooperativas agrícolas se propaguen, educando a todos, a los grandes también, en esta materia descuidada por nuestros países, el Ministro de Hacienda, señor don Adolfo de la Huerta, ha destinado cien mil pesos mexicanos (cuatrocientos mil chilenos) para la formación de un Banco de Crédito, que servirá a todas las escuelas granjas futuras. Hay que mirar con ojos maravillados ese éxito moral y económico.

Y las iniciativas del director Oropeza no se agotan. Ya tiene en la escuela una sección de peluquería, atendida por los mismos alumnos, y para su propio servicio: ¡venían tan revueltas algunas cabecitas de niños del arroyo!

El parque estaba ya enteramente limpio e higienizado; pero las calles vecinas, el barrio entero, como he dicho, tenía la suciedad de todos los suburbios.

Los escolares empezaron a servir a sus vecinos. Una comisión de ellos se apersonó al Ayuntamiento para solicitar los carros de aseo urbano, y ellos mismos se han encargado de hacerlo en parte, de dirigirlo en otra.

Estos y otros servicios extraordinarios de los alumnos son recompensados con un bono de desayuno. Ha habido trabajadores exageradamente laboriosos que llegan a ganar tres bonos al día. Se pensó, por

esto, en crear una Liga Protectora Infantil para favorecer a los pequeños del barrio que aún no van a la escuela, y que, por lo mismo, no tienen derecho a recibir la ración de alimento matinal. De este modo objetivo y no con discursos, se combate el egoísmo entre los niños.

El jefe de la educación primaria, señor Roberto Medellín, lógicamente ha tenido que mirar con respeto afectuoso la personalidad del que era el último de sus subalternos. Envía semanalmente a la escuela Francisco Madero, un Orfeón Popular, que está formando otro Infantil, y le manda también maestras de declamación para que en el año próximo la extensión primaria, o sea los espectáculos educadores que así llamamos en Chile, sea atendida enteramente por los alumnos. Ya he hablado en otra ocasión a los lectores del cariño que siente el pueblo mexicano por la música, y he dicho que ésta es la raza que canta, no sólo dentro de los Conservatorios, sino derramada por sus campos entre el gozo de los maizales.

Mis dos compañeras chilenas, la escultora Laura Rodig y la maestra normalista Amantina Ruiz, van a la Escuela-Granja a dar clases de dibujo y de gimnasia, y yo en poco más cumpliré a los niños mi promesa de ir a enseñarles algunas canciones de las escuelas chilenas.

¿Qué serán estos niños en diez años más?, ¿qué los diferenciará de los otros formados en las escuelas primarias?

No serán, por cierto, aspirantes a bachilleres, postulantes eternos a empleos, que llenen pasillos de Ministerios, pidiendo con un montón de recomendaciones el puestecito fiscal más mezquinamente remunerado, con tal de ser miseria dorada, pobreza decente. Ni serán tampoco hombres unilaterales, sin la visión de unidad de la vida que caracteriza a los intelectuales; ni pesimistas que se han hinchado de odio y de desaliento por su pequeño fracaso, del cual no tienen la culpa sino sus manos torpes y su mente amodorrada. Serán eso que es para mí lo más grande en medio de las actividades humanas: los hombres de la tierra, sensatos, sobrios y serenos, por el contacto con aquella que es la perenne verdad. Harán una democracia, menos convulsionada y menos discursadora que la que nos ha nacido en la América Latina, porque, hay que decir mil veces este lugar común: la pequeña propiedad (que ellos exigirán y que conseguirán en México), aplaca las rebeldías, da dignidad a la vida humana y hace el corazón del hombre propicio a las suavidades del espíritu. La pequeña república agraria que estos niños han creado, les irá revelando el régimen económico y los caminos por donde se busca la prosperidad de un país: no tendrán el odio de la riqueza, que sólo cuaja cuando el hombre no tiene nada que defender ni amar bajo el sol porque sea suyo.

No es que me haya lanzado en un río de fantasías; es que palpo, por primera vez en mi vida, lo que significa

la pequeña experiencia de los niños sobre los grandes problemas sociales. He visto la fuerza estupenda que tiene la enseñanza económica cuando se hace carne en los hechos y no se da como palabrería gárrula. Ha habido momentos en que la masa de escolares que trabaja la tierra, por la sensatez que ponía en su trabajo, por las intuiciones que alcanzaba, me ha parecido una República de verdad, y me he sentido embriagada de una fe muy grande.

Suelo decir al maestro Oropeza que hay que felicitarse de la miseria inicial de su colegio, de sus salas desnudas. Porque todo eso lo ha hecho sacar a sus alumnos al Parque, y cambiar el aula techada, por esta aula de Dios que es su cielo mexicano, siempre azul, bajo el cual la lección es más verdad y más belleza, donde la ausencia de la clásica tarima hace al maestro sencillo y espontáneo y la proximidad a la tierra le da vergüenza de gastar diez horas enseñando análisis gramatical.

Sí, mi compañero. Hay que alabar esta vez con San Francisco, a la santa Pobreza, que hace suplir con espíritu los materiales; a la buena Pobreza, que mata la vanidad y da inspiraciones y fervores que usted tal vez no hubiese tenido en un gran colegio con laboratorios y gimnasios. Y hay que alabarle a Ud., como a un caso de milagro entre la masa de los maestros, que se sienten injuriados cuando se les manda a la escuela del suburbio, porque creen que un título más o menos decoroso, es una patente para exigir situa-

ciones espléndidas, y esquivar la fusión con el pueblo, del cual somos.

Aunque su escuela sea laica como todas las del país, deje que yo la sienta el tipo de la escuela cristiana: casi nació en un pesebre; el corro de sus niños descalzos ha debido ser el mismo que tuvo un día Jesús. La escuela nueva que sueñan los obreros es esto que usted está haciendo. No creen ya los trabajadores, y yo les acompaño en este escepticismo, en aquella escuela que les enseñó todas las inutilidades y los lanzó a la vida con las manos torpes para todos los oficios; ellos no aman; no pueden amar, al maestro sin sentido de la vida que les robó la riqueza de la sangre en una sala de clase oscura, y que les mató la alegría de vivir al no ponerlos en contacto con la tierra-madre, de la cual emanan el vigor y todas las excelencias, más que de sus lecciones sin entusiasmo.

Y digo para terminar: ¿no habrá un gran propietario chileno que entregue a un maestro de verdad, cinco hectáreas de suelo en los arrabales de Santiago, para que se haga una escuela de esta índole? Aunque he hecho mal la interrogación: el éxito que cuento empieza en el maestro, y acaba en el rico generoso.

ORGANIZACIÓN DE LAS MUJERES

DIARIO EL MERCURIO. CHILE, 1925.

Doña Inés Echeverría de Larraín ha publicado en La Nación un gran artículo, una extensa prosa sacudida de espíritu y alumbrada entera por esa generosidad suya que yo le admiro más que su mismo talento: hace en él un llamado a las mujeres de todos los credos. Desea “Iris” que la mujer equilibre la brutalidad de los movimientos sociales y humanice la pelea de búfalos, el descuartizamiento de toros, que va pareciendo el mundo (y Chile dentro de él) en esta hora. Aunque se esté haciendo un huerto en el último rincón callado de La Serena, entre golpe y golpe de azadón, se la ha oído y se hace descanso para contestarle.

No hay dejadez árabe ni modorra india entre las mujeres nuestras; hay una fuerza enorme, y una confusión no menor que esa fuerza: yo las comparo a mis almácigos que irrumpen en un millón de cabecitas apretadas, con una revoltura bárbara, delante de mis ojos... Sociedades de beneficencia, escolares, gremiales, políticas, religiosas. ¡Deben llegar a quinientas en el país!... Pero aquí como en todo, falta la columna vertebral, sin la cual no hay organismo. No existe la gran sociedad que inspire la confianza suficiente para